

de flores de trapo, y como quien se clava una horquilla, de golpe, lo enredó por encima de la oreja izquierda en los desordenados rizos. Entonces se vino á mi, me miró fijamente, y quizá porque el sombrero se me habia ladeado en la cabeza, tal vez porque la mezcla de estupor, de ira, de conmisericordia retratada en mis facciones le prestase un tinte algo ridículo, echando la cabeza atrás y con las manos en las anchas caderas, lanzó al aire una carcajada estrepitosa, fría y aterradora como la maldición de un moribundo. Después me dió las gracias con unas frases que no entendí.

Tuve que arrimarme á la pared, y asido á las puertas de una anaquelera de los andaluces, vi á la llamada Rosilla echar calle adelante tambaleándose mucho.

La seguí impulsado por una fuerza superior á toda reflexión, á todo miramiento. Llegamos á un portal mezquino, sucio, anegado (ella delante y yo detrás), y dimos á la postre en una escalera cuyos peldaños polvorientos encerraban trozos partidos de ladrillos ordinarios. Alumbraba semejante antro una candileja prisionera tras un cajoncillo de gruesa tela metálica, que allí ni la luz parecia estar segura, y chisporroteaba como si se resistiese á alumbrar miseria tanta. La niña llamó á la puerta con los nudillos y ésta se abrió sin ruido.

Si el alma réproba de Judas, no teniendo plaza en el infierno, vaga aún por aquí abajo, debió alojarse una temporada en el asqueroso cuerpo de la infame vieja que aparecía en el marco de la puerta.

—¿De dónde vienes á estas horas, víbora, sin apaño?—dijo la harpía alzando una mano sobre la niña.

Pero aquel manojito de huesos quedó suspendido en el aire, porque la Rosilla, cerrando la suya, ménos el dedo grueso, la trajo de adelante á atrás por encima del hombro, señalándome sin duda, pero sin volver la cabeza.

La vieja y la niña desaparecieron en las sombras.

Sentí luego abrir y cerrar las puertas, algunos cuchicheos, frases entrecortadas que trascendían á órdenes, después un pesado chancleteo; por último una mujer gruesa como un odre, embardunado el rugoso cutis como las puertas de una taberna, la frente cubierta de espesos rizos, pegados á ella con betún y aceite, las manos llenas de sortijas relumbronas y toda la mole presa en un vestido, cuyos brillos de raso aumentaban la pringue, se me puso delante muy solícita, trayendo en una mano un quinqué de petróleo con el tubo ahumado.

—Pase Vd., caballero, sin *cuidiao*, que esta es una casa de mucho orden, y ya sé yo tratar con *presonas* de calidad como su *mercé*.

Empujé aquel talego de infamias y entré en un comedor que habia á la izquierda de la escalera. Y digo comedor, porque sobre la camilla, que casi lo ocupaba en absoluto, vi dos vasos volcados encima del hule, que enseñaba la trama, y algunos platos con restos de comida.

—Pocas palabras, señora mía—dije encarándome con la mujer.—Elija Vd. entre tomar este billete de cien pesetas, que no será el único que le dé si me complace, ó en salir expulsada de este tugurio, amén de lo que resulte de la visita gubernativa que haré girar á él.

—¿Y qué tengo yo que hacer para no ser expulsada del tug..., lo que Vd. dice, y guardarme la *guita*?

—Responder á mis preguntas sin rodeos ni argucias, ¡mala pécora!

—Pues venga de ahí, que la cosa tiene poco que cavilar. Pero haga su *mercé* la *grasia* de no

hablarme en *gringo*, porque no estudié *pa in-trepete*.

—¿Qué edad tiene Rosilla?

—Quince años.

—¿Cómo está aquí?

—Esa niña es hija de una *artista* del *Rial* que se llamaba Rosina, y de un tenor con quien tuvo un apaño, ¿estamos? El tenor la dejó cuando se fué á *Ingalaterra* al *cuidiao* de una comadreja que tiene casa de pupilos. Allí se crió la Rosilla; pero, ya Vd. lo sabe, las mujeres como los melones... de casta, y la cabra tira al monte. Y cuando la criatura espigó, mi comadre no podía hacer carrera de ella, y *aluego* que el tenor dejó enviarle á la *mugé* los dineros que le habia prometido todos los meses por criar á Rosilla, que al ver unos calzones se volvía loca.

Andando el tiempo, la niña se *najó* una noche con un estudiante de San Carlos y volvió á los pocos días como Vd. la ha visto. Y mi comadre se aconsejó conmigo conociendo mis buenas entrañas, y yo arrecogí á la muchacha, que me gana mucho dinero.

—Pues yo necesito hacerme cargo de esa desgraciada que va á ser madre, librándola si es posible de la espantosa suerte que le espera.

—Hablando se entiende la gente, y si lo paga Vd. bien y ella quiere irse, ¿á qué estamos sino á ganar una peseta sin ofender á Dios?

No esperé más tiempo, y dispuesto á poner en práctica, cuanto amaneciese, el plan que me habia trazado para salvar á la nieta de Rosica, salí atolondrado como un beodo de aquel infame nido de escorpiones.

\*\*\*

—Caballero, hemos llegado á la estación.

Me restregué los ojos; miro por una ventanilla... Me habia pasado de mi casa, del número 70 de la calle de Serrano.

Aquella noche en Fornos, de vuelta del Real, en donde cantaba *Lucía* una tiple famosa, cené con cuatro amigos de la infancia que habíamos estudiado juntos en Granada. Se habló mucho de todo, y con la cabeza un poco alegre tomé el tranvía de las dos en la embocadura de la calle de Peligros; ántes se me habia acercado una chicuela asquerosa, que hacía gala de su descoco y de su estado, pidiéndome un cigarro. Yo la miré con lástima sin contestar, cosa que la hizo reír mucho. Me metí en el carruaje, y cuando llegamos á la Cibeles iba ya dormido.

Danzando los recuerdos en el teatro de la imaginación al compás del sueño que agitaba su batuta de adormideras, crearon este drama absurdo, que si no se ha representado, que yo sepa, en la escena del mundo, la verdad es que la vida real ofrece muchos más originales.

J. LOPEZ VALDEMORO.

#### EL ARTE LÍRICO EN ESPAÑA Y EL PIANISTA DON JOSE TRAGÓ

Todavía en medio de una sociedad decadente, como la que se agita entre la realidad desconsoladora de nuestro siglo, surgen del seno del arte esas grandes figuras que personifican al genio; esas potentes manifestaciones del imperio avasallador del espíritu; esos caracteres cuyas excepcionales aptitudes trascienden la existencia de lo mudable para tomar del libro augusto de la inmortalidad la página imperecedera de sus triunfos é implantarla de una vez y para siempre en el erial abandonado de nuestras amarguras, en el tristísimo desierto de nuestros acerbos desengaños.

Vivia el insigne y malogrado *Gaztambide* y otorgaba su postrera voluntad artística legando á la patria ese conjunto de inteligencias laureadas, cuya síntesis lleva por título: *Sociedad española de conciertos*.

Dejaba Wagner los espacios brumosos de la deleznable materia, y escuchaba desde su lecho de muerte los últimos giros de la *overtura* de *Rienzi*, que desde las costas del Mediterráneo llegaban á las orillas del Danubio para formar un solo poema de amor y de armonía, como si éste tratara de fundir en un cuerpo las razas latina y germánica, consorcio absoluto de la filosofía y del arte, compatibilidad indiscutible entre la fuerza del pensamiento y la energía indomable del ideal de nuestra imaginación.

En otros tiempos, cuando el criterio especulativo no osaba invadir el alma de la humanidad, existía un desafecto notorio hacia lo material y terreno.

El romanticismo vino á ser la expresión acabada de todos los movimientos colectivos realizados en la esfera de lo intelectual y armónico.

Rossini, Weber, Liszt, Schubert, Chopin, representan, en nuestro sentir, en el arte lírico lo que Espinceda, Lamartine, Chateaubriand, Saavedra y otros suponen en el orden literario; talentos dotados de perpetua vitalidad, propagandistas sublimes que adivinan el porvenir en el horizonte de la esperanza, y genios altivos cuyo potente vuelo habria de elevarse hasta el sol para tomar en él la radiante diafanidad de sus rayos y descender luego á la tierra para traducirlos en notas inmortales de la más arrebatadora fantasía.

Habiase entregado España al culto de las nuevas inclinaciones que trasformaron aquel período, y la lira de Orfeo parecia como condenada á eterna proscripción ó á perpetuo abandono por parte de sus más preclaros cultivadores.

La política imperaba con inusitado privilegio; el arte literario convertíase en servil cortesano de sus conquistadas, en perenne adulador de sus hazañas. La sátira alcanzaba todos los caracteres de verdadera poesía nacional y nadie atrevíase á reputarla como positivo reflejo del sentimiento público, sino cuando acertaba á producir versos análogos á los siguientes:

¡Ay! Para hollar la libertad sagrada  
El Príncipe, borron de nuestra historia,  
Llamó en su auxilio á la francesa espada  
Que segase el laurel de nuestra gloria.

¡Ojalá todas las composiciones que brotaran entonces del estro castellano se hubiesen dirigido á tan elevado cuanto admirable propósito. Pero no acontecía así. De suerte que, entre preocupaciones y desalientos, entre formalismos y abstracciones de filosofía, puramente convencional, corrian las épocas y al par de ellas nuestros malaventurados ascendientes, sin curarse del porvenir de nuestras artes y muy en particular del arte lírico, verdadera necesidad de los pueblos cultos que no lo sacrifican todo á las conquistas materiales y que entienden como indispensable la educación del sentimiento por medio de este poderoso aliciente del espíritu humano.

Así que, partiendo de esta consideración y fijándonos sólo en los tiempos actuales, puede asegurarse con razón sobrada, que, aparte de aquella tentativa que originó la idea de fundar una cátedra de *esthética musical* en la Escuela de Música y Declamación de Madrid, el legítimo galardón que España lograra dando á conocer con todas sus grandezas el género sinfónico en nuestro país, nace y se origina de la creación de la precitada *Sociedad de Conciertos*, que al interpretar magistralmente las grandes producciones de Beethoven, Mozart, Haydn, Schubert, Mendelssohn, Liszt y otros muchos, de tal modo ha hecho palpables las excelencias y ventajas de esta categoría del divino arte que, arrancando de nuestra alma el hielo del indiferentismo, pensamos ya en que no en vano la música puede sin exageraciones llevar en este período el sobrenombre de especulativa.

Empero ¿ha sucedido lo propio con nuestros pianistas? ¿Hemos logrado hacer grata la laudable costumbre de implantar conciertos de esta índole en nuestro país? Prescindiendo de esas grandes personalidades que, como Rubinstein, Planté, y Liszt en otro tiempo, convirtieron nuestros escenarios en espléndidos altares de sus glorias, es lo cierto que escasas veces, y como envueltos en el pudoroso velo de su inadmisiblemente modestia, aparecen nuestros compatriotas, aspirando sólo á la recompensa natural de un sencillo aplauso, cuando muy bien pudieran, los que con harta justicia ostentan el título valioso de Maestros, ceñir en sus sienes la aureola inmarcesible de la inmortalidad que prepara en otros países la historia á

aquellos de sus hijos que saben dignificarla y engrandecerla.

¡Power, Zabalza, Guelbenzu, Mendizabal, Compta, Concepcion Padilla, Isabel Echavarría! ¡Cuántas entidades de primer orden hemos contemplado, como éstas, dejar el espacio de su consagración artística después de recabar el tributo del entusiasmo para no volver á presentarse al público sino al cabo de largos años transcurridos.

¿Así correspondemos los españoles al sacrificio que el estudio y la inspiración nos ofrecen para levantar á la mayor altura el tesoro inapreciable de nuestras artes? ¡Oh! No es posible mirar con indiferencia esfuerzo tan poderoso, propósito tan elevado.

España necesita ahora más que nunca entregarse de lleno á fortalecer la cultura del espíritu. La influencia de las tareas especulativas sobre los pueblos modernos es tan evidente, que se observa, como, por ejemplo, en los Estados-Unidos de América, mientras la personalidad absorbente de Edison lleva su fama á las más apartadas regiones del globo, la figura siempre melancólica y dulce siempre de Longfellow se nubla y debilita entre las sombras de la muerte y entre la noche del olvido.

Precisa estudiar la evolución anímica en los pueblos contemporáneos y hacer compatible el sentimiento con la razón. De este modo, el amor á la ley, el respeto á la familia y á la santidad del hogar, el culto ferviente de nuestras tradiciones, verdadera personificación del recuerdo, brotarán con tales alientos de nuestro corazón que, á impulsos de esas corrientes misteriosas que forman la única vida posible, el imperio del trabajo renacerá con más energía, y se habrá realizado el único ideal de grandeza en que fundan sus aspiraciones esos dos conceptos magníficos, apellidados la civilización y el progreso.

El arte lírico es indispensable al alma, como el rocío á la flor, como la luz á la inteligencia. Nuestros pianistas, fatigados seguramente por el desaliento y la falta de recompensa, han dejado pasar grandes períodos sin acudir á la satisfacción de esa necesidad que de há mucho venía sintiéndose, cuando se comparaban nuestras prácticas con lo que en otras naciones acontece. Francia, Alemania, Italia, contemplan diariamente un sinnúmero de notabilidades, que llegan á sus teatros ó á sus salones para dar á conocer esas joyas inapreciables de inspiración que han producido después de grandes luchas Goltshalk, Liszt, Chopin y tantos otros. España se ha separado de esta meritisima costumbre; y cuando ya parecía que los últimos ecos de la lira nacional iban á perderse en el helado mar de la indiferencia, un rayo de luz espléndida hiere la frente del Genio, un soplo de los labios de la Divinidad anima el alma de fuego de un joven artista, y haciendo un supremo esfuerzo para restaurar la perdida gloria, logra su propósito y consigue al cabo que en la lápida eterna de nuestros triunfos figure el nombre de José Tragó como el del primer pianista del siglo XIX en España.

En efecto: aquella figura distinguida y noble; aquella mirada melancólica, en cuyos destellos, animados unas veces por el fuego de la esperanza y apagados otras por el desencanto del dolor, parece adivinarse toda una historia de luchas y de ensueños, de esperanzas dulces y de realidades amargas, van á ofrecerse á la vista del público de Madrid en una noche memorable, la del 12 de Mayo último, y en uno de nuestros primeros coliseos, el teatro de la Comedia.

Tragó había logrado en el Conservatorio de París el primer premio; Tragó debía conquistar, si ya no lo hubiera obtenido, el premio único, aquel que se concede á lo incomparable, á lo excepcional, á lo absoluto.

Un solo concierto, puede estar seguro, le ha valido á Tragó fama tan merecida, que se ha colocado, y no sin justicia, á la misma altura de Rubinstein. La orquesta que le acompañara, dirigida por Chapí, parecía animada del mismo sentimiento que agitaba el corazón del protagonista del festival. El piano de Steinway, de la acreditada casa del Sr. Navas, de esta corte, al servicio del eminente artista, lució sus inimitables cualidades, convirtiéndose á las veces en alma apasionada, que se agita á impulsos del primer suspiro de amor.

Aquel joven se había transformado en genio, y el genio en gigante. Todas las dificultades del mecanis-

mo cedían á la invencible ejecución del artista. La frase pura y limpia, como torrente de cristal, brotaba de sus dedos cual expresión viviente de un gemido de agonía ó de un suspiro de esperanza. La majestad de la dicción tenía toda la elocuencia del mar embravecido. Tragó había triunfado, el público rindió su aplauso y su admiración en medio de frenéticas demostraciones de afecto. Una corona de laurel y oro fué entregada al insigne pianista como prueba de universal ovación.

Schubert, Rubinstein, Chopin, Liszt, Mendelssohn, Ketten y Gostschalk: he aquí los nombres que figuraban en el programa de acontecimiento tan memorable.

Cuando se contempla de tarde en tarde un espectáculo de esta índole, el legítimo orgullo nacional se siente satisfecho y se vuelve airado ante la indiferencia de pocos.

España, ya lo hemos dicho, necesita regenerarse en este punto, y si anteriormente no lo ha conseguido, comienza ya á lograrlo ante pianistas como Tragó, verdadera gloria de nuestro suelo y horizonte seguro para el porvenir de la patria.

A. HIDALGO DE MOBELLAN.

## BIBLIOGRAFIA

Hemos tenido ocasión de leer el libro que acaba de publicar el Sr. D. Estanislao Suarez Inclan, Ministro de Ultramar en el anterior Gobierno presidido por el Sr. Posada Herrera, con respecto á la administración de aquellas provincias.

Breve, como ha sido, la permanencia del Sr. Suarez Inclan al frente de un departamento tan complejo, porque abarca todos los ramos de la administración pública, y tan ocasionado, porque pesaban sobre él los problemas más arduos del porvenir de nuestras posesiones ultramarinas, sin embargo habrá de señalarse siempre por la prudencia y el espíritu elevado con que se resolvieron importantes cuestiones que afectaban al orden jurídico, administrativo y económico de unas provincias que forman parte del territorio español y continúan pregonando la fama de nuestro antiguo poderío colonial.

Efectivamente: en noventa y cuatro días de vida ministerial muy poco podría hacerse si no hubiesen concurrido circunstancias especialísimas, y como dice el autor del libro, casi providenciales, pues la abolición del cepo y el grillete, asunto era que llevaba conienzudamente estudiado en todas sus fases, bajo todos sus aspectos y con la madurez que acostumbró hacerlo siempre el Sr. Suarez Inclan en su larga carrera administrativa, á título de presidente de la sección de Ultramar del Consejo de Estado.

Así es que el digno Ministro sólo necesitó preparar el decreto de abolición de una pena tan dura y que rechazaban los sentimientos de la dignidad humana, traduciendo á la práctica el informe que constaba del expediente resuelto por el más alto Cuerpo consultivo del Estado, de acuerdo con las ideas sustentadas por el Sr. Suarez Inclan sobre el particular.

La inmigración en Cuba; el convenio provisional con los Estados-Unidos de América; el registro civil en Cuba y Puerto-Rico; la forma de celebrar el matrimonio y la modificación y organización de tan importante servicio; las reformas de las leyes hipotecarias en ambas Antillas, con otras disposiciones oficiales encaminadas á mejorar el régimen gubernativo y administrativo, entre las que se cuenta el establecimiento de la escuela profesional en Puerto-Rico; la facultad concedida al Gobernador general para acordar la traslación de empleados de un cargo á otro dentro de las respectivas carreras, dando cuenta de sus actos; la terminación y observancia del plan general de carreteras para la isla de Cuba; reforma del régimen municipal en Filipinas; organización de los juzgados municipales de Cuba y Puerto-Rico, con los aranceles respectivos; acuerdo comercial entre España y los Estados-Unidos; estos y otros trabajos notables han sido el fruto de los valiosos servicios prestados por el Sr. Suarez Inclan en los tres meses escasos que ocupó el Ministerio de Ultramar; y no más tiempo, porque la tirantez de los partidos liberales y su intransigencia acabaron con aquella situación que hubiera podido prestar grandes beneficios al país.

A imitación del Sr. Suarez Inclan, todos los demás Ministros del Gobierno del Sr. Posada Herrera debieran condensar en un libro semejante sus respectivos trabajos, en la seguridad de que había de resultar el más elocuente testimonio de la actividad y del patriotismo de una situación cuyo único y principal emblema consistía en imprimir las reformas más liberales y progresivas en los organismos administrativos del Estado, ensanchando á la vez la órbita política con soluciones verdaderamente democráticas.

P. S.

## MISCELÁNEA

Con satisfacción hemos recibido la noticia de que la importante obra editada por la casa Bailly-Bailliére *Anuario del Comercio*, 1884, ha merecido tal aceptación por parte del público, que hoy puede considerarse agotada, pues son muy pocos los ejemplares que quedan.

Sabemos también que con el título de *Indicadores ó Guías* se anuncian otras publicaciones, que la mayoría no llegan á imprimirse, ó son tan incompletas é imperfectas, que en manera alguna pueden competir con el *Anuario del Comercio* de Bailly-Bailliére, haciendo resaltar más la futilidad de dicho libro, cuya adquisición aconsejamos antes que esté completamente agotada, pues el año pasado se ha pagado con prima.

\*\*\*

Hemos recibido por vez primera en la última decena los siguientes periódicos: *O Propagador Christao*, de Rio Grande del Sur; *El Estandarte*, de Buenos Aires; *El Eco de la Opinión*, de Santo Domingo; *El Mensajero Federal*, de Bogotá; *El Monitor Peninsular*, de Yucatan (Méjico); *Harper's Monthly Magazine*, de Londres, á quienes damos las gracias más expresivas por su visita.

\*\*\*

Segun los datos recogidos por el Sr. Hubbard, en 1883 se publicaban en todo el mundo 34.274 periódicos con una circulación total, por día, de ejemplares, 116.400.000, y por año, de 10.589.499.448 ejemplares, y contando con una población total de habitantes, 1.623.178.161: á cada uno de estos corresponden 6,52 ejemplares por año.

\*\*\*

De las operaciones catastrales verificadas el otoño último, resulta que en las cincuenta y ocho provincias de la Rusia Europea hay 19.574.723 caballos, de los cuales corresponden cerca de 6 millones á la circunscripción militar de Kazan.

La exportación de los caballos rusos es mayor cada día. Se calcula que este año no bajará de 45.000. Hasta 1878, el número de caballos exportados variaba anualmente entre 6.000 y 10.000; pero á contar desde dicho año, la venta para el extranjero ha ido creciendo siempre de tal manera, que en 1879 alcanzó la cifra de 19.000; en 1880 de 24.000; en 1881, de 32.540, y en 1882 de 35.269.

Un periódico ruso, al hacerse eco de la alarma que produce esta exportación creciente, propone que se imponga á los caballos, que en general no cuestan más de 300 rublos, una sobretasa de 50 rublos en oro á favor del Estado.

## PRECIOS DE SUSCRICION

ESPAÑA Y EXTRANJERO

	Semestre.	Año.
Madrid . . . . .	6,50 ptas.	12 ptas.
Provincias . . . . .	7 »	12,50 »
Extranjero . . . . .	15 »	25 »
PROVINCIAS ULTRAMARINAS Y REPÚBLICAS AMERICANAS.		
Á PAGAR EN ORO.		
Cuba y Puerto-Rico . . . . .	3 pesos fs.	5 pesos fs.
Filipinas y Repúblicas americanas . . . . .	3 »	5 »

La correspondencia se dirige á D. Jesús Pando y Valle, calle de Ruiz, 18, segundo, Madrid.

MADRID.—Imp. de Moreno y Rojas, Isabel la Católica, 40